

# *Problemas causados por la popularidad*

## *(Marcos 3.7-35)*

### *Joe Schubert*

Los capítulos 3 al 5 de Marcos presentan un período de gran popularidad durante el ministerio de Jesús, la cual es recalcada por el énfasis que hace Marcos en la multitud que seguía a Jesús.

Note, por ejemplo, Marcos 3.7-8:

Mas Jesús se retiró al mar con sus discípulos, y le siguió gran multitud de Galilea. Y de Judea, de Jerusalén, de Idumea, del otro lado del Jordán, y de los alrededores de Tiro y de Sidón, oyendo cuán grandes cosas hacía, grandes multitudes vinieron a él.

Es probable que no captemos cuán grande era esta multitud. No eran tan sólo unas pocas personas; no eran tan sólo unos pocos miles de personas. La cantidad debía de ascender a decenas de miles.

Marcos dice que vinieron de los alrededores de Galilea. Vinieron de Judea, que se encontraba a ochenta kilómetros al sur; de Jerusalén, que se encontraba a ciento doce kilómetros al sur. Vinieron de la tierra de Idumea, o Edom, que se encontraba abajo en el desierto del sur. Vinieron del otro lado del Jordán, que se extendía hasta el desierto de Arabia por el este. El territorio del cual vinieron se extendía hacia el oeste hasta la costa del Mediterráneo, y luego hacia el norte por la franja costera, por varios cientos de kilómetros, hasta las ciudades de Tiro y de Sidón. De todas estas extensas regiones del contexto del siglo I, la gente había venido a oír las prédicas de Jesús.

Marcos bosqueja el énfasis en las multitudes en todo este tramo del libro. Note, por ejemplo, Marcos 3.19-20: «Y vinieron a casa. Y se agolpó de nuevo la multitud [...]». Más adelante, en 3.32, dice: «Y había una multitud sentada alrededor de Él [...]». En 4.1, dice: «Otra vez comenzó a enseñar junto al mar, y se reunió alrededor de él una gran

multitud, tanto que entrando en una barca, se sentó en ella en el mar [...]».<sup>1</sup> También en 4.36, dice: «Y despidiendo a la multitud [...]». En 5.21, dice: «Pasando otra vez Jesús en una barca a la otra orilla, se reunió alrededor de él una gran multitud [...]». Luego, unos versículos más adelante, dice en el versículo 24: «[...] y le seguía una gran multitud, y le apretaban».

Este fue el período del ministerio de Jesús en el que a Él literalmente le apretaron las grandes masas de gente que venían a oír la enseñanza de este maravilloso hombre. Fue el período de Su más grande popularidad.

Muchas personas consideraban que las grandes multitudes eran una señal del éxito de Jesús. Cuando uno avanza en la lectura del relato de Marcos, uno descubre que el propósito de Marcos al hacer énfasis en las multitudes, es subrayar las debilidades de la popularidad —el vacío y falso valor de ser popular— y el daño y el peligro que la popularidad le causó a Jesús en Su ministerio.

#### **I. EL PROBLEMA DEL ÉNFASIS EN LO QUE NO SE DEBÍA (3.9-10)**

El primer problema que la popularidad le causó, se encuentra en Marcos 3.9: «Y dijo a sus discípulos que le tuviesen siempre lista la barca, a causa de la multitud, para que no le oprimiesen. Porque había sanado a muchos; de manera que por tocarle, cuantos tenían plagas caían sobre él».<sup>2</sup> Esta multitud, como casi siempre hacen las multitudes, hizo énfasis en lo que no se debía. Había malentendido el propósito de la venida de Jesús, y

<sup>1</sup> N. del T.: En estas citas se usa la palabra «multitud», en lugar de la palabra «gente» (como en la RV), porque la versión de la Biblia que usa el autor, la KJV, se lee así.

<sup>2</sup> N. del T.: Nuevamente se usa la palabra «multitud» por la razón apuntada anteriormente.

comenzó a hacer énfasis en lo que Éste estimaba secundario.

Este errado énfasis se observa en todo el ministerio de Jesús, especialmente en lo que tiene que ver con las sanidades físicas que llevó a cabo. Es cierto que Jesús sanó el cuerpo, pero, a partir de ese tiempo y hasta hoy, los hombres han fijado su atención en esas sanidades del cuerpo como si ellas fueran el motivo primordial de la misión de Jesús. Y, sin embargo, los evangelios se esmeran por hacer ver que Jesús siempre tuvo mucho cuidado de restarle importancia a tales sanidades del cuerpo, y de dar a entender claramente que la verdadera sanidad en la que Él estaba interesado era la sanidad del espíritu humano.

Las multitudes malentendieron Su misión y muchos caían sobre Él para tocarlo con el propósito de ser sanados. El Señor tuvo que acudir a una estrategia para librarse de las multitudes, y así no ser aplastado físicamente por las miles de personas que le apretaban. Les dijo a Sus discípulos, mientras enseñaba junto al mar de Galilea, que le tuvieran lista una barca. «Traigan una barca a la orilla, porque podría tener necesidad de subir a ella —les dice—, y remen un poco mar adentro porque quiero *predicar* en lugar de sanar». El peligro constante de la popularidad es que el verdadero mensaje se llegará a distorsionar, y se hará tanto énfasis en algo secundario, que tal mensaje no se llega a comprender.

¿Tiene aplicación lo anterior para hoy día? En una congregación llena de vida, vibrante, y que está creciendo, es fácil que la gente se enamore tanto del entusiasmo y del sentimiento de compañerismo, que descuida el mensaje fundamental que la mantiene unida. Las personas vienen a nuestras asambleas, escuchan los mensajes que se predicán, participan en nuestras clases bíblicas y disfrutan del calor y del entusiasmo de nuestra comunión. Esto es exactamente lo que queremos. Pero si están viniendo tan sólo por la comunión y el entusiasmo, sin llegar a someterse obedientemente al evangelio de Jesús, todo lo que encuentren aquí es vacío y sin valor. El propósito para el cual vivimos es llevar a las personas a la unidad con Jesucristo como Señor y Salvador, y si las personas no responden personalmente al evangelio que Él predicó, entonces no han entendido el propósito en sí.

## II. EL PROBLEMA RELACIONADO CON LOS DEMONIOS (3.11–19a)

Un segundo problema que resultó de la popularidad de Cristo durante este período, tuvo que

ver con los demonios. Note lo que dicen los versículos once y doce: «Y los espíritus inmundos, al verle, se postraban delante de él, y daban voces, diciendo: Tú eres el Hijo de Dios. Mas él les reprendía mucho para que no le descubriesen». ¿Por qué rechazó Jesús el testimonio que daban estos demonios? Era un testimonio verdadero: Él era el Hijo de Dios. Pero Jesús no quería que el testimonio acerca de su deidad proviniera de los demonios. ¿Por qué?

Tenía dos razones. La primera y más importante es que el testimonio a estas alturas de Su ministerio, era prematuro. La idea de mesianismo que tenía Jesús era completamente diferente de la concepción popular de Su tiempo. Jesús andaba por el camino del servicio, del amor y del sacrificio. La idea judía del Mesías que se había popularizado, en cambio, era la de un rey conquistador que vendría con sus poderosos ejércitos a levantar de una vez por todas el yugo de Roma de las espaldas de los judíos. Por lo tanto, si en ese momento se propagaba el rumor de que el Mesías había venido, el resultado inevitable, en la mentalidad judía típica, sería la revuelta, la rebelión y las sublevaciones. Dirían: «Ha llegado el momento de independizarnos políticamente. Ha llegado el momento de levantarnos y derrocar a Roma». Esto es lo que hubiera ocurrido especialmente en Galilea, donde la gente siempre había estado dispuesta a seguir a cualquier dirigente nacionalista. Jesús sabía que para que pudiera haber una proclamación pública de Su condición de Mesías, Él tenía que educar primero al pueblo sobre la verdadera idea de quién y qué era el Mesías. Un anuncio prematuro, tal como el que estaban haciendo los demonios, habría echado a perder toda la misión de Jesús.

Considere una segunda razón. Más adelante en este mismo capítulo, los fariseos calumniaron a Jesús, diciendo: «Usted está echando fuera demonios, eso está bien, pero los está echando por el poder del príncipe de los demonios». Puede ser que Jesús haya pensado que si a estos demonios se les hubiera permitido dar libremente su testimonio a Él, esto hubiera parecido como que Él se había confabulado con ellos. Jesús no negó que el testimonio de ellos acerca de Su deidad era verdadero, sino que simplemente les prohibió expresarlo.

A estas alturas hay un cambio en la progresión del relato de Marcos. Marcos nos dice que Jesús se retiró a un monte, y que llevó consigo a los doce hombres que llegarían a ser conocidos como los apóstoles. Dice el relato en los versículos 13 al 19:

Después subió al monte, y llamó a sí a los que

él quiso; y vinieron a él. Y estableció a doce, para que estuviesen con él, y para enviarlos a predicar, y que tuviesen autoridad para sanar enfermedades y para echar fuera demonios: a Simón, a quien puso por sobrenombre Pedro; a Jacobo hijo de Zebedeo, y a Juan hermano de Jacobo, a quienes apellidó Boanerges, esto es, Hijos del trueno; a Andrés, Felipe, Bartolomé, Mateo, Tomás, Jacobo hijo de Alfeo, Tadeo, Simón el cananita, y Judas Iscariote, el que le entregó.

Es significativo que el cristianismo comenzó con un grupo. La fe cristiana es algo que desde el comienzo tuvo que vivirse en comunidad. Además, el cristianismo comenzó con un grupo muy variopinto. Dentro de la comunidad de estos doce hombres, se encontraban dos extremos que eran marcadamente opuestos. Estaba, por ejemplo, Mateo, un cobrador de impuestos, un hombre al que todos los judíos ortodoxos consideraban traidor de su pueblo al trabajar como empleado del país extranjero que dominaba a Palestina. También estaba Simón el Zelote.<sup>3</sup> ¿Sabe usted quiénes eran los zelotes en el siglo I? Eran un grupo de hombres fogosos, violentos, que se habían comprometido a deshacerse, por los medios que fuera, por la fuerza y violentamente, del yugo de Roma. Llegaban incluso a matar con el fin de librar a los judíos de la opresión del dominio romano. Lo más lógico era que Mateo y Simón el Zelote se odiaran a muerte, y no hay duda de que anteriormente fue así. Pero cuando se asociaron en el conjunto de los apóstoles, pudieron tener comunión el uno con el otro, porque habían recibido a Jesucristo como Maestro y Señor de ellos.

El cristianismo comenzó por insistir en que las personas más disímiles podían andar juntas, si éstas se resolvían a andar con Jesús. Esto es tan cierto hoy día como lo fue cuando Jesús llamó al comienzo a aquellos doce hombres.

El relato señala que Jesús llamó a los apóstoles para dos propósitos. En primer lugar, Marcos dice que los llamó para que estuvieran con Él. Los llamó para que le acompañaran constante e ininterrumpidamente. Otros podrían venir e irse, las multitudes podrían estar presentes hoy y ausentes mañana, otros podrían ser irregulares y fluctuantes en su adhesión a Jesús, pero estos doce hombres habían de identificar sus vidas con la vida de Él. Habían de estar con Él todo el tiempo a partir de ese día.

En segundo lugar, Marcos dice que los llamó

para enviarlos a predicar. Habían de ser Sus embajadores; habían de hablarles a otros acerca de Él. Habían sido ganados con el fin de que ganaran a otros.

Jesús los preparó de dos maneras para la tarea que habían de cumplir. Primero, les dio un mensaje. Segundo, les dio autoridad. Marcos dice que les dio autoridad para echar fuera demonios. Estos doce hombres constituían la dirigencia que Jesús escogió, y por medio de estos doce hombres Su mensaje salió a las multitudes de aquel día, y a los millones del futuro.

### III. EL PROBLEMA RELACIONADO CON LA FAMILIA (3.19b-35)

El siguiente párrafo habla de un tercer problema que la popularidad le causó. Aunque usted no lo crea, Jesús tuvo un problema con su propia familia carnal. Dice Marcos:

Y vinieron a casa. Y se agolpó de nuevo la gente, de modo que ellos ni aun podían comer pan. Cuando lo oyeron los suyos, vinieron para prenderle; porque decían: Está fuera de sí (vers.<sup>os</sup> 19b-21).

Nos enteramos más adelante en este capítulo que la familia que se menciona era en realidad la que formaban la madre y los hermanos de Jesús. Ellos estaban en Nazaret, pero les llegó la noticia de que Él no se estaba cuidando como debía. No estaba comiendo bien. No estaba durmiendo bien. Su salud estaba en peligro. Nos enteramos unos versículos más adelante, que salieron de Nazaret y vinieron donde Jesús estaba, con el fin de tratar de persuadirlo de que viniera a casa con ellos. La impresión que tenían de Él era que se había vuelto loco, o, como lo expresa Marcos, que estaba fuera de sí.

En cierta ocasión en la que Jesús estaba enumerando los problemas que podría tener el hombre mientras lo estuviera siguiendo a Él, dijo en Mateo 10.36: «Y los enemigos del hombre serán los de su casa». Los propios familiares de Jesús habían llegado a la conclusión de que Él había perdido la razón y ya no era capaz de cuidar de Sí mismo.

Jesús manejó este malentendido cerca del final de este capítulo, pero antes de hacerlo, les hizo frente a algunas acusaciones de los escribas que habían venido de Jerusalén y habían observado toda esta actividad.

En el versículo 22 de Marcos 3, el relato dice: «Pero los escribas que habían venido de Jerusalén decían que tenía a Beelzebú, y que por el príncipe de los demonios echaba fuera los demonios».

<sup>3</sup> N. del T.: Así lo llama la versión de la Biblia que usa el autor. Vea Lucas 6.15.

Beelzebú significa literalmente «señor de la casa». Se refiere a Satanás en su condición de algo así como rey del hampa infernal, la cabeza de una mafia demoníaca, si se quiere. Beelzebú era el padrino que se sentaba cómodamente en su enorme butaca y les daba órdenes al resto de los demonios menores. La explicación que dan los escribas acerca del ministerio de Jesús, era que Éste se confabulaba con estos demonios, y que los estaba echando por el poder de un padrino satánico a quien llamaban Beelzebú.

Jesús respondió a estas acusaciones con una lógica muy sencilla que comienza en el versículo 23:

Y habiéndolos llamado, les decía en parábolas: ¿Cómo puede Satanás echar fuera a Satanás? Si un reino está dividido contra sí mismo, tal reino no puede permanecer. Y si una casa está dividida contra sí misma, tal casa no puede permanecer. Y si Satanás se levanta contra sí mismo, y se divide, no puede permanecer, sino que ha llegado su fin. Ninguno puede entrar en la casa de un hombre fuerte y saquear sus bienes, si antes no le ata, y entonces podrá saquear su casa (vers.<sup>os</sup> 23–27).

Es un argumento claro, ¿no? Cualquiera puede entenderlo. Jesús dijo que si dentro de un reino hay disensión interna, tal reino no puede durar. Si es cierto, tal como los escribas señalaban, que Satanás es el que en realidad hace la guerra contra sus propios demonios, entonces es una guerra civil la que se libra en el reino de Satanás, y la fortaleza de ese reino ha llegado virtualmente a su fin. «Explicándolo en otros términos —decía Jesús—, si uno desea saquear la casa de un hombre fuerte, no puede hacerlo mientras primero no entre y ate al hombre. Una vez que lo haya atado, puede saquearle su casa». Su argumento es claro: «No es por el mismo poder de Satanás que estoy echando a Satanás, porque esto supondría una casa que está dividida. Sería una guerra civil la que se estaría librando dentro del reino de Satanás. Para poder minar su poder y saquear su casa, debo atarlo primero. El hecho de que estoy echando fuera estos demonios es señal de que he atado a Satanás». La derrota de los demonios demostró que Jesús no se estaba confabulando con Satanás. Demostró que en las líneas de defensa de Satanás se había abierto una brecha, un poder superior se había manifestado, y la conquista de Satanás había dado comienzo.

Después de responder a ese alegato, Jesús pasó a dar una severa advertencia a estos maestros de la ley. Dijo en los versículos 28 al 30:

De cierto os digo que todos los pecados serán perdonados a los hijos de los hombres, y las blasfemias cualesquiera que sean; pero cualquiera que blasfeme contra el Espíritu Santo, no tiene jamás perdón, sino que es reo de juicio eterno. Porque ellos habían dicho: Tiene espíritu inmundo.

A muchas personas las ha aterrorizado este pasaje, y con mucha razón, porque son palabras muy serias de nuestro Señor. ¿Qué quiso decir con ellas?

Blasfemar es hablar mal de Dios o de lo sagrado, es deliberadamente rebajarle la dignidad a éstos. La idea de hablar mal, de expresar maldades con palabras, está siempre implícita en el significado radical de la palabra *blasfemia*. La blasfemia es un acto inequívoco. Bajo la ley de Moisés, la blasfemia se castigaba con la muerte. El Espíritu Santo es una persona de la Deidad. Blasfemar contra el Espíritu Santo es, por lo tanto, hablar mal de Él o insultarlo a propósito.

El verdadero pecado, no obstante, no reside en las palabras que se hablaron, sino en la condición del corazón en que se gestó la blasfemia. Anteriormente, en este capítulo, en el versículo 5, Jesús se refirió a la dureza de los corazones de los fariseos que hicieron esta acusación en contra de Él. La blasfemia acerca de la cual Jesús estaba hablando, es la que resulta de la dureza de corazón de parte de los que la expresan. Esta es la razón en sí por la que este pecado es imperdonable. Una persona puede resistir la enseñanza del Espíritu Santo y llegar a estar tan endurecida de corazón que no puede ser alcanzada. Esto hace que su estado llegue a ser imperdonable, porque ya no puede arrepentirse.

En Juan 12, Jesús dijo que algunas personas de Su tiempo no podían creer. Unos versículos antes se dijo de estas mismas personas que ellas no creerían. Estas son personas que habían rehusado creer en la Palabra de Dios y en las pruebas de la divinidad de Jesucristo, al grado que sus corazones se endurecieron, se cauterizaron y se obstinaron tanto, que en realidad llegaron a encontrarse en una condición de desesperanza tal que ya no podían creer. Cuando una persona llega a ese estado, ella está definitiva e irremisiblemente perdida, porque una persona que no puede creer en Jesús no puede ser salva. El perdón ha llegado a ser imposible para personas así porque a ellas les es imposible creer.

Básicamente, entonces, el pecado imperdonable es el deliberado y definitivo rechazo de Jesucristo. Cuando uno rechaza de modo definitivo y completo la enseñanza del Espíritu Santo en la Palabra de

Dios, ha cometido el pecado imperdonable. No hay fundamento para el perdón excepto la fe en Jesucristo. Si se desecha la fe, al final y en última instancia no puede haber perdón. Esta es la manera tajante como las Escrituras recalcan la verdad que Jesús mismo declaró en Juan 14.6: «Nadie viene al Padre, sino por mí».

En el relato que hace Mateo de este incidente, él escribe que Jesús hizo distinción entre hablar en contra de Él, lo cual dijo que es perdonable, y hablar en contra del Espíritu Santo, lo cual dijo que es imperdonable. Dijo: «A cualquiera que dijere alguna palabra contra el Hijo del Hombre, le será perdonado; pero al que hable contra el Espíritu Santo, no le será perdonado, ni en este siglo ni en el venidero».

¿Cómo reconciliamos la anterior afirmación con lo que acabamos de decir? Un comentario del hermano H. Leo Boles sobre este pasaje, nos ayuda a entender lo que Cristo está en realidad diciendo. Esto fue lo que dijo:

Muchos que malentendieron a Jesús, Sus enseñanzas y su reino mientras Él anduvo sobre la tierra, y que incluso negaron que fuera Mesías, después se arrepintieron y fueron perdonados, y llegaron a ser cristianos. Muchos pudieron haber rechazado a Jesús mientras Él anduvo sobre la tierra, y de hecho lo hicieron, pero cuando el Espíritu Santo vino y dio testimonio de Él, ellos recibieron a Cristo. Pero cuando el Espíritu Santo vino y terminó de revelar la voluntad de Dios, si los hombres rechazaban esto, no había otra prueba a ser brindada, ningún otro agente divino a ser dado, y si por último rechazaban al Espíritu Santo, no había perdón para ellos (*A Commentary on the Gospel According to Matthew [Comentario del evangelio según Mateo]*, pág. 270).

No sería erróneo decir que una persona que se deja apartar gradualmente del poder del evangelio, que es el mensaje del Espíritu para el mundo, peca imperdonablemente. Si el rechazo es definitivo, el caso es mortal, y es un pecado eterno sin posibilidad de perdón.

Habiendo dicho todo lo anterior como una severa advertencia para los fariseos que estaban a punto de rechazar el testimonio del Espíritu Santo, de un modo definitivo e irrevocable, Jesús pasa entonces a hacerles frente a los malentendidos con Sus familiares. En los versículos del 31 al 35 dice:

Vienen después sus hermanos y su madre, y quedándose afuera, enviaron a llamarle. Y la gente que estaba sentada alrededor de él le dijo: Tu madre y tus hermanos están afuera, y te buscan. Él les respondió diciendo: ¿Quién es mi madre y mis hermanos? Y mirando a los que

estaban sentados alrededor de él, dijo: He aquí mi madre y mis hermanos. Porque todo aquel que hace la voluntad de Dios, ése es mi hermano, y mi hermana, y mi madre.

Cuando llegó la noticia de que la madre y los hermanos de Jesús estaban afuera esperando que Él se pusiera de pie de inmediato y saliera a ellos, Él no lo hizo. Más bien, miró a los que están sentados alrededor de Él y dijo: «Es aquí, en medio de esta gente, que se encuentran mi madre, mis hermanos y mis hermanas, porque todo aquel que hace la voluntad de Dios está más cerca de mí que mi propia familia carnal».

Los lazos familiares no son sólo asunto de carne y sangre. Muchos cristianos testificarían que sus hermanos, hermanas y madres en la familia de Dios son más queridos para ellos que sus propias familias terrenales.

La semana pasada en el periódico de la iglesia de Westbury, Stanley Lockhart, el predicador de ésta, escribió acerca de un amigo suyo, un hermano en el Señor, que había muerto. Es un comentario acertado sobre el mismo asunto que estamos enfatizando. El hermano Lockhart escribió las siguientes palabras:

El miércoles pasado, uno que fue amigo mío durante casi un cuarto de siglo fue apuñalado de muerte en el lugar donde tenía su negocio en San Angelo. Estimo que fueron galones de café los que bebimos juntos. La iglesia era nuestro primer amor. Nuestras familias ocupaban un estrecho segundo lugar. Lo que Jesús dijo en el sentido de que todo el que lo siguiera recibiría cien veces más, lo veo cumplido literalmente. Debido a mi fe cristiana, tengo cientos de hermanos y hermanas. Cuando estuve de pie junto a aquel féretro, se me dio a entender claramente otra vez que los hermanos y las hermanas en el Señor están vinculados por la sangre de Cristo, la cual es un vínculo tan fuerte como el que nos une en la carne.

## CONCLUSIÓN

Tanto para Jesús como para nosotros, la popularidad supone sus problemas. Muchas falsas fuerzas aflorarán de ella. Muchos tratarán de usarla para propósitos egoístas y erróneos. La popularidad debe ser vigilada estrechamente. Cuando un movimiento llega a ser popular, debemos tener cuidado de continuar escuchando la voz de Dios y no la del pueblo.

No es por medio de encuestar al pueblo que determinamos la voluntad de Dios. Cuando deseamos saber cuál es la voluntad de Dios, debemos acudir a la Biblia. La mayoría de las personas del mundo jamás han marchado al son de

los caminos de Dios y jamás lo harán. El cristiano marcha al son de un diferente tambor, y por hacer así muy a menudo no llevará el mismo paso del mundo. Jesús sabía que así iba a ser. Él dijo en Lucas 6.26: «¡Ay de vosotros, cuando todos los hombres hablen bien de vosotros!». También dijo en Mateo 7.13–14: «Entrad por la puerta estrecha; porque ancha es la puerta, y espacioso el camino que lleva a la perdición, y muchos son los que

entran por ella; porque estrecha es la puerta, y angosto el camino que lleva a la vida, y pocos son los que la hallan».

El deseo de Dios para toda persona sobre esta tierra es que ella busque la vida que Jesucristo puede darle. Sólo unos pocos van a hacer esto, pero usted puede ser parte de esos pocos, si está dispuesto a escuchar principalmente a Dios y Su Palabra.

©Copyright 2002, 2006 por La Verdad para Hoy  
TODOS LOS DERECHOS RESERVADOS